

Cuba vista con ojos gallegos

Reencuentro con la otra Galicia

MANUEL DAVID CHEDA

En Cuba nació el himno gallego. En Cuba vivieron decenas de miles de oriundos de Galicia a los que su tierra de origen negó el pan y la sal; en Cuba murieron de morriña y de sudor malpagado las esperanzas de retorno de millares de emigrantes. Hubo un tiempo en el que La Habana —por el número de gallegos que la habitaban— fue una de las mayores ciudades de Galicia. Bien pensado, la isla es casi tan gallega como la Galicia del otro lado del Atlántico.

Todo ello es más que suficiente para que la llegada al aeropuerto de "José Martí", en Rancho Boyeros, sea realmente un emocionado reencuentro con la tierra de uno, un loco galopar de recuerdos, pasiones y nostalgias. A cada paso por la isla renace la lejana historia de un abuelo que estuvo en América pero no hizo las américas; la de un primo del que, desde que embarcó en La Coruña rumbo a La Habana, nunca más se supo; la de un convecino que hizo fortuna trabajando duramente en Camagüey... ¿Qué gallego no tiene un pariente que viva en la isla o no haya emigrado a Cuba?

Para el gallego, pues, las vacaciones en la Perla de las Antillas se transforman en un viaje a la historia de su propio pueblo, en una constatación del drama de la emigración y en un emocionado deambular entre constantes referencias a Galicia. No es extraño que el callejear por La Habana y

el conversar con sus habitantes depare alegres sobresaltos "Yo nací en Valdoviño", "Mis padres eran naturales de Ortigueira", "Mi abuela recuerda muchas veces su Pontevedra natal"...

Es la otra Galicia, una tierra de visita inexcusable, pero documentándose previamente. Porque antes de viajar a Cuba el turista debe saber que de la isla caribeña salió el dinero para mantener económicamente a Rosalía de Castro en sus últimos días; que la mayoría de las escuelas del norte de las provincias de La Coruña y de Lugo fueron construidas a expensas de los gallegos cubanos; que de la estancia de Alfonso Castelao en esa tierra nacieron sus famosos "Dibujos de negros"; que allí se publicaron libros y periódicos escritos en nuestra lengua vernácula; que el antiguo Centro Gallego de La Habana, hoy Teatro García Lorca, es monumento nacional...

Pero hay más, porque todo lo dicho es historia, cuando la realidad presente puede ofrecer otros tantos alicientes al viajero gallego. Para ellos habrá que dejar la "guagua" exclusiva para visitantes, adaptarse al calmoso ritmo de vida cubano y entregarse al placer de la conversación, ya que el mayor atractivo turístico de Cuba —más que sus playas, su clima o su música— está en sus gentes.

Y, desde luego, el lugar idóneo para una animada charla es

la "Bodeguita del medio". En la barra del viejo y colorista establecimiento de La Habana Colonial, pida un mojito y saboréelo detenidamente. Seguro que el turista gallego encontrará en el cóctel un regusto a morriña, una pizca de nostalgia para dar mejor sabor al ron. Le explicará el porqué el hombre que está detrás de la barra, Antonio Teixeira, gallego de Cuba, cubano de Galicia. El hambre lo arrojó, cuando sólo contaba trece años, de su Valdoviño (La Coruña) natal; recaló en la isla e hizo de ella su patria, pero la nostalgia pervive. Una visita a Teixeira supondrá para el gallego la lección mejor y más felizmente aprendible sobre la historia de dos pueblos lejanos en lo geográfico pero muy próximos en lo humano.

Si en lugar de la "Bodeguita" prefiere los cabarets, también éstos pueden deparar sorpresas. La bailarina Rosángel Madruga es una de ellas; mulata, pero de ojos verdes; cubana, pero con antepasados gallegos. Su apellido, según le contó su abuelo, le trae resonancias a guerras medievales, a pasos y castillos, a condes. Es posible que ignore dónde está Tuy, pero sabe quién fue don Pedro Álvarez de Sotomayor, a quien el pueblo llamó Pedro Madruga, el más temible señor feudal de la Edad Media en Galicia.

Rosángel Madruga no es más que uno de los millares de cuba-

nos que llevan sangre gallega. En todos ellos, sea cual fuere el color de su piel, encontrará el turista del noroeste español otros tantos fraternales motivos para viajar a la Perla de las Antillas. Algunos de los gallegos cubanos viven concentrados en un barrio habanero, Casablanca, tal como cuenta en su libro "Galegos no golfo de México" Xosé Neira Vilas. A esos hombres, que en su mayor parte son hoy añosos pescadores jubilados, sus millares de singladuras por el Caribe no lograron ahogarles sus nostalgias del Atlántico ibérico. Pusieron a su barrio un sobrenombre gallego, "Peixiño"; extendieron en un mar tropical técnicas marineras del otro lado del Océano; algunos conservan todavía su lengua vernácula; y todos recuerdan a sus Redes, sus Ares, su Mugardos natales. Porque casi todos son oriundos de la ría de Ferrol, en el norte de Galicia.

También del norte es Manuel Canoura, directivo del Centro Cultural Rosalía de Castro, en La Habana. A Canoura, con ochenta y tantos años, los más vividos en Cuba, todavía le da un vuelco el corazón cada vez que oye hablar de Ortigueira. Las noticias sobre el lugar donde nació son el mejor regalo que puede ofrecerle el español que lo visita. En la sede del club, Canoura emocionará con su cariño hacia una tierra que le trató tan mal que hasta le empujó a la

emigración. El siente que el fin de sus días no está muy lejano —los años pesan—, pero a buen seguro que cuando llegue su muerte reposará tranquilo en el "panteón de los naturales de Ortigueira", porque incluso en el cementerio habanero la presencia de Galicia es patente. Cada una de las numerosas sociedades de emigrantes construyó su propio panteón, de modo que hoy la necrópolis de La Habana está plagada de nombres sacados de la geografía gallega. Curioso y deprimente.

El Rosalía de Castro apenas recuerda al Centro Gallego de La Habana prerrevolucionaria. Este es un edificio que mereció la consideración de monumento nacional, mientras que aquél es un inmenso caserón ciertamente destartado. En el Palacio del Centro Gallego —parte de cuyas piedras fueron extraídas de una cantera de Parga (Lugo)—, la Banda Municipal de La Habana interpretó por primera vez el Himno de Galicia, un 20 de diciembre de 1907. La antigua sede de esa organización merece una detenida visita, como sin duda se harán acreedores de ella numerosos lugares de Cuba, según las vivencias y antecedentes familiares de los viajeros gallegos.

No estaría de más que, por todas estas razones, el Instituto Cubano de Turismo, tan eficaz en su gestión, programase un itinerario especial para los turistas de Galicia. Un "tour" para la pasión y la nostalgia.

NOTA.— Este artículo inicia el volumen escrito por diversos autores titulado "Cuba en dos tiempos". (Asociación Española de Escritores de Turismo. Madrid, 1985).

Luis Alberto de Cuenca: Poemas de "La caja de plata"

LA HUIDA A EGIPTO

Le pagaba para que me matase,
y se ha largado al Sur. Todas se marchan.
Aceptan cheques, flores y mentiras.
Se comprometen a matarme. Dicen:
"No verás el otoño. Te lo juro".
Y se van antes de la primavera.
También ésta se ha ido. Con un mapa
de Egipto y con las llaves de mi coche.
Quiera Dios que los vientos no conduzcan
su nave a puerto. Que una lluvia roja
le queme el corazón, si es que lo tiene.
Que nunca llegue a Egipto esa maldita.

ISABEL

Isabel se ha matado. Dejó cartas absurdas
con recomendaciones y sarcasmos estúpidos.
Lo consiguió por fin, y me alegro por ella:
sufría demasiado. En la autopsia el forense
desmenuzó su cuerpo y encontró dentelladas
cerca del corazón y a la altura del pubis.
No hay luz en la buhardilla de Zurbano. El silencio
pasea su victoria sobre las papelinillas
ocultas en el libro de Arcimboldo, y la muerte
ha llenado la casa de paz y de goteras;
sigue abierto un tebeo de Conan por la página
en que matan a Bélit, y otro de Gwendoline
con manchas de carmín en las dulces heridas.
Isabel ha dejado de molestar. Sus ojos
ya no arrojan al mar residuos radiactivos.

SOBRE UN TEMA DE J.M.M.

No quiero ser feliz. Estoy enfermo
de haberlo sido tanto. Me fastidia
que la gente me quiera y que los dioses
me protejan. Renuncio a ser el centro
de las fiestas y a todos los poderes
que el dinero y la sangre proporcionan.
No quiero verte al lado, en la cabina
de mi coche, dorada y sonriente,
previendo mis deseos más ocultos.
No me divierte ya que mis amigos
celebren la blancura de tus manos.
Detesto las victorias, y los viajes
al más allá, y la daga del ingenio,
y el amor, y el jardín de la alegría.
Quiero la opacidad y tristeza
que da el dolor, y la desesperanza.
Me está matando tanta dicha junta.

LA MENTIROSA

Tienes hora para ir al ginecólogo,
te duele la cabeza, te ha sentado
algo mal o preparas un examen,
es el santo de Marta, los gemelos
se aburren sin salir o Macarena
te ha invitado a bañarte en su piscina...
¡Qué mal mientes, amor! Si no te gusto,
dímelo. Pensaré en un buen suicidio.
Pero si quieres verme, y tus excusas
no son más que un vulgar afrosidíaco
para que se mantenga mi deseo,
inventate otros juegos, vida mía,
que el premio del engaño es el olvido.



La vida a
veces se esconde
en una caja

VÍCTOR INFANTES

Luis Alberto de Cuenca (Madrid, 1950) es uno de los más cualificados poetas españoles actuales y representante consagrado de una generación que ha conocido muchas aventuras. Desde *Los retrasos* (Madrid, 1971) y *El sinore* (Madrid, 1972) hasta *Scholia* (Barcelona, 1978) su quehacer literario ha presentado una serena y onírica reflexión poética en donde el tiempo ha dado paso a una densa acumulación de experiencias que se han trasladado —impregnadas de una cosmovisión sentida de la cultura— a la perfección formal de sus poemas, que reiteran, en ocasiones apasionadamente, su propia realidad circunstancial. Después de un largo silen-

cio impreso —salpicado de colaboraciones en *cuadernillos* y revistas— acaba de aparecer en la cuidada colección Renacimiento dirigida por Abelardo Linares *La caja de plata* (Sevilla, 1984). Para quienes supusieron su poesía dentro de los estrictos cauces de un "culturalismo militante y superficial" estos poemas serán recibidos como un latigazo de desbordada emoción; el vitalismo sentido de la inconstancia amorosa, la perseverante ironía de la propia memoria y el sentimiento despojado de la última conciencia hieren, afilados, el entorno material de todas las referencias culturales. Esta *caja de plata* contiene una dulcísima tormenta y, en ella, la poesía es una excusa para seguir viviendo.